

MEMORIAS

Nº 118 (Leg. 1. P. 1º)
Leg. 2. 8. jº

PARA LA VIDA Y ESCRITOS DEL P. ESTEVAN DE TERREROS.

El Padre Estevan de Terreros y Pando nació el día 2 de Julio de 1707 en Trucios, Villa del Valle de este nombre en aquella parte de Vizcaya, que llaman Encartaciones. Sus padres fueron de conocida nobleza, y emparentados con las familias mas distinguidas de aquella Provincia. Pasó la niñez en su patria hasta saber leer y escribir; pero habiendo muerto su padre, quando todavía era de pocos años, al cabo de algun tiempo vino á Madrid, y á la sombra de un tío suyo aprendió la Latinidad y la Retórica.

Sintióse en este tiempo movido á entrar en la Compañía de Jesus, no solo por lograr oportunidad para atender mejor baxo su instituto á la salvacion de su alma, sino tambien por el aprecio que veia se daba á las letras en este Orden Religioso.

Desde tierna edad fué grande y como nacida con él la curiosidad, y el deseo de saber, y tanto que no divisaba en tierra papel, ó impreso ó manuscrito, que no lo alzase para ver lo que contenia. Esta costumbre le duró toda su vida, sin que estuviese en su arbitrio hacer otra cosa; excusándola, si tal vez alguno con quien se acompañaba por las calles, se la notaba con decir que era vicio que tenia desde niño, y que no habia podido emendarlo; pero me consuela, añade muchas veces, que Lope de Vega dice de sí mismo, que tuvo igual inclinacion y costumbre. Con estos débiles principios suelen á veces formarse los grandes genios, y desde luego en la formacion del de nuestro Autor tuvo esta costumbre no poca parte.

Admitido en la Compañía fué la observancia de sus leyes religiosas irreprehensible y característica en el Padre Terreros, tanto con respecto á las obligaciones que miran inmediatamente al culto de Dios y perfeccion de vida, quanto á las que le imponia el desempeño de los estudios y enseñanzas; á que fué destinado. El grado á que llegaron sus virtudes christianas, y religiosas, y como supo componer sus pasiones y afectos de modo que no turbasen ni impidiesen sus tareas en todo el resto de su vida, se conocerá de lo que diremos luego, en comprobacion de que todas las tuvo siempre ordenadas á lo que debía á Dios, á sí mismo, y al próximo.

La carrera que llamaban los Jesuitas de estudios, la empezó Terreros despues del Noviciado en Villarejo de Fuentes, perfeccionándose en la Latinidad y Retórica; y desde este momento manifestó á los Superiores las señaladas prendas con que Dios y su natural inclinacion le habian dorado para el exercicio de las letras. No contento en aquel Colegio con las tareas comunes á todos los demas estudiantes, adquirió privadamente la inteligencia de la lengua Griega, hasta hacerse capaz de manejar con maestría los Diccionarios de este idioma, comprehender sus escritos originales, y hacer juicio del legitimo y mejor sentido del Autor en los lugares oscuros y controvertidos entre los Intérpretes, y Traductores. La instruccion en esta parte de los buenos estudios no pocas veces se echa de ver en las obras impresas de este sabio, y el mismo Diccionario castellano que manejamos, ofrece reiteradas pruebas de que estudió la propiedad de las voces griegas con toda detencion y por buenos Autores.

Era este el tiempo mas á propósito para excitar en un jóven de tan bellas disposiciones el buen gusto á lo mejor. Mucho auxilio tuvo para ello en el Maestro, que las conocia y experimentaba tan de cerca; pero su natural inclinacion le ayudó mucho mas, proponiéndose voluntariamente para la lectura é imitacion entre los Autores latinos aquellos de mayor pureza, ya Historiadores, ya Oradores, y ya Poetas. De todos extractaba, y á todos procuraba imitar, exercitándose de continuo en estos utilísimos ensayos, de modo que así en la lengua Latina, como en la Castellana adquirió desde entónces un gran discernimiento de la propiedad de las voces y frases, de los tres géneros de estilo, infimo, medio y sublime, y de las materias que deben escribirse en cada uno de ellos segun la doctrina de los mejores Maestros del bien hablar, fundada en la observacion de los buenos Autores, y en la misma naturaleza de las cosas.

Fácil sería dar aquí algunos testimonios de estas nobles qualidades en el Padre Terreros. Ellos no han de buscarse en la obra que hemos dado á luz. Las fuentes que le

Tom. IV.

*

HTCA

U/Bc LEG 2-1 nº112



1>0 0 0 0 2 6 4 3 3 8



sirviéron para la mayor parte de su formacion, y no puede negarse que vicárión algun tanto su estilo, y su expresion. Pero otros escritos sueltos que se custodian ineditos en esta Real Biblioteca de los Estudios, y que tengo á la mano, leyéndolos muchas veces con placer y aprovechamiento, indican que estaban en este Jesuita bien radicados los principios del buen gusto, y que quando escribia con libertad, y no ceñido á la servil traduccion que se vió obligado muchas veces á emplear en el Diccionario Castellano de las Artes y Ciencias, sabia hablar castizamente y con suma propiedad en el idioma nativo, y usar en los discursos de oratoria sagrada y profana todas las reglas del arte, y de la buena imitacion.

Instruido de este modo en las bellas letras pasó de Villarejo de Fuentes á Oropesa para estudiar Filosofia: y dando principio con ella á la carrera de los estudios serios, empezó tambien nuestro Terreros á dar á conocer mas su aplicacion y constancia en el exacto cumplimiento de aquello á que se le destinaba.

Requeriase en estas escuelas, que eran públicas para Jesuitas y seglares, la envejecida, y mal fundada escrupulosidad de aprender á la letra de memoria las lecciones que dictan los Maestros. El jóven Terreros, como él mismo decia muchas veces, no habia logrado gran caudal de esta potencia, principalmente de la que se llama local, y que consiste en la facilidad de retener la identidad y órden de las voces con que los Autores escriben sus obras. Por otra parte habia entrado en la Compañía de veinte años cumplidos; edad mayor de aquella en que solian por lo comun entrar, que era de los catorce á los diez y seis años. Por eso su memoria poco exercitada no tenia aquella prontitud que suele tener en la corta edad. Sin embargo conociendo este menoscabo, y empeñado en cumplir con la exactitud que notaba en sus condiscípulos, con quienes la naturaleza se habia mostrado mas liberal en esta parte, pidió licencia á los Superiores para levantarse ántes de la hora acostumbrada, y valerse de este espacio de tiempo para puntualizar con el mayor estudio las lecciones diarias. En efecto con esta industria que le dictó su aplicacion y honradez, logró no ser inferior á sus compañeros, como no lo fué en la inteligencia de las materias filosóficas y en la sutileza, y solidez del discurrir: Así lo convencieron sus exámenes, y el acto público que defendió al concluir los tres años de Filosofia, y que se daba como premio á los mas señalados en el aprovechamiento.

Inmediatamente de dar fin al estudio de la Filosofia, pasó nuestro Terreros á emprender el de la Teología á Alcalá de Henares, teatro mas expedito en que pudo manifestar al mundo su carácter de estudioso, un insaciable deseo de saber, y su mucha constancia en los trabajos literarios. En los quatro años que se empleaban en el curso de la Teología Escolástica, Moral, y Escrituraria, observó inviolablemente la distribucion de horas, y método de estudio que se propuso desde el día primero en que lo empezó. Cumplido el tiempo destinado para los actos espirituales, que pedia el Instituto Religioso; todo lo demas lo consumia en estudiar á excepcion de aquellas pocas horas que daba al preciso y necesario descanso, prefiriendo siempre las materias que eran de obligacion.

Diariamente se escribian en la Universidad dos lecciones dictadas, una para la mañana, y otra para la tarde en las Cátedras de Prima, y Vísperas, que los Jesuitas regentaban. No habia precision de decorar estas lecciones en el día, y solo bastaba que los alumnos mostrasen entenderlas en los repasos ordinarios, donde se explicaba ó disputaba en el discurso del año alguna cuestion sobre lo que iba ya dictado, y escrito. Por lo demas debia darse puntual razon de este estudio en el examen público que al fin del curso, y en el mes de Junio era inexcusable sufrir y sostener para la habilitacion; así que muchos, y aun los mas de estos cursantes Teólogos solo cuidaban de aprender y puntualizar las materias de estas Cátedras algunos meses ántes del examen. Terreros observó constantemente la regla de leccion dictada, leccion aprendida, de modo que quando los demas empezaban á atropellarse y andar de prisa para decorarlas, aquel las tenia tan sabidas como si en el día hubiera de hacer la prueba.

Para cebar su aplicacion encontró nuestro jóven el mas abundante tesoro en la selecta y numerosa Librería de su Colegio de Alcalá, cuya preciosa vena se dexa bastantemente conocer por los residuos que de ella se conservan en ésta de los Reales Estudios de Madrid. Vinole aquí casualmente á las manos el tratadito del Padre Geremias Drexelio, que intitula: *De arte excerptendi*. Terreros ya naturalmente inclinado á extraer de todo quanto leía, se arrayó mas en esta loable costumbre con su lectura. Todavía vemos entre los varios papeles, y tomos manuscritos que se encontraron en su aposento al tiempo de la expulsion, señales de estos trabajos compendiaris; y tal vez al-

algunos hechos desde que estudiaba Teología en Alcalá. Ellos testificarán á la posteridad que amaba la buena, y útil lección; que sabia disfrutar las mejores obras Académicas de Europa; y que tenia madurez y juicio para escoger de lo bueno lo mejor.

Los que conocieron y trataron entónces al Padre Terreros deponen que desde este tiempo no leyó libro, que no extractase, y que experimentando la utilidad de este trabajo, lo hacia tanto mas prolijo quanto mas raro, y singular era el libro que leia. En uno de los traslados de sus cartas familiares á cierto personage erudito, le dice con gracia: *Devuelvo á V. S. la Obra que se ha servido prestarme, y disimule mi ambicion y fraude, porque se la restituia por mitad, y sin necesidad de volversela á pedir.* En efecto podia asegurarle que se quedaba con ella, puesto que la compendiaría toda segun tenia de costumbre.

Por lo que toca á las quatro partes de la Teología, consta que en aquellos quatro años de curso, siguiendo esta misma costumbre, formó por sí mismo un compendio de todas, sacándolo de los mejores Escolásticos, y Moralistas, que iba leyendo. Allí juntó lo mejor que en ellos hallaba, y con tanto juicio, crítica, y método, que despues de muchos años se lo pedian algunos Maestros para ver con ménos fatiga, y en breve todo lo bueno, que necesitaban estudiar en muchos y abultados volúmenes. Ni con esto solo satisfacía su laboriosidad: ayudaba á todos sus contemporáneos en lo que le pedian, y á todos servia en lo que querian servirse de él.

Para esta fatiga de estudios propios, y de auxiliar los de otros á costa suya, halló comodidad Terreros en la distribucion de tiempo que se propuso desde que vino al Colegio de Alcalá. Aquí no se levantaba ya ántes de la hora acostumbrada, sino que recompensaba este tiempo, usando de la licencia que habia pedido para estarse en su recogimiento las tres ó quatro horas de honesta recreacion, que en los días festivos de asueto se concedian á los estudiantes. Nunca Terreros supo lo que era jugar á trucos, ajedrez, chaquete, ó damas: aborreció siempre toda suerte de juegos, y solia decir que los huía, no solo por los inconvenientes que traen consigo las mas veces, sino principalmente por la pérdida de tiempo que acarrea á los que una vez se aficionan á ellos. Así que siendo su única ocupacion, y divertimento la lectura, y los libros, pudo hacer, estudiar, y escribir tanto en estos años, que sus mismos compañeros admiraban los trabajos literarios que hizo mientras estuvo en Alcalá.

Acabados sus estudios, y defendido el acto de Teología, en que dió prueba de ser de los mas aprovechados, pasó al Seminario de Nobles, establecido en Madrid por el Señor Felipe V., donde primero enseñó Latinidad, y despues Retórica. En estos destinos promovia Terreros de su parte con indecible conato el zelo de los Superiores, y la emulacion de los Maestros por el mejor cultivo de aquella noble juventud. Ni se contentó con lo que tenia que hacer por obligacion indispensable: desecho siempre de adelantar mas, no excusó rato sobrante para instruirse en otras facultades, tratando con los Profesores sabios que habia allí de ellas. Aplicóse por genialidad singularmente á las Matemáticas, en las quales adquirió desde luego todo aquel conocimiento que basta para que no le fuesen forasteras.

Estas y otras tareas extraordinarias le acarrearón varias dolencias, y en una de ellas el ponerse á peligro de acabar la vida por inadvertencia, é indiscrecion disculpable. Sintriose acometido de unas leves tercianas, y como hubiese entrecido que la pepita llamada de San Ignacio era un singular febrífugo, empezó á usarla sin moderar la dosis, y tomando el agua de la infusion, donde noches y días continuos la habia puesto, debiendo estar en ella una hora lo mas. Este exceso, unido con el estudio que no dexaba, le ocasionó convulsiones tan extraordinarias principalmente en la cabeza, que le tuvieron en un desasosiego continuo, y con el rezel de peores consecuencias. La fortuna fué que consultando con el Médico de la casa, é inteligenciado éste del mal uso de la pepita, pudo con medicinas oportunas cortar la destruccion y ruina, que muchas veces admiró él mismo no hubiese ya causado un veneno tan activo. Fué preciso por la misma razon privarle todo estudio, y los Superiores cuidadosos de conservar un sugeto de tantas esperanzas, le enviaron á Guadalaxara, donde con la quietud, vida metódica, y privacion total de libros convalació bien pronto, de suerte que dentro de un año pudo venir al Colegio Imperial de esta Corte, para hacer la repeticion de Teología, sostener conclusiones públicas de ella, y dar esta última prueba para salir á Maestro de Filosofía.

Fué de hecho señalado para este Magisterio en el Colegio de Murcia; pero la Providencia, que iba preparando á nuestro Terreros para mayores cosas en honor y lustre de la nacion, dispuso que en estas circunstancias faltase uno de los dos Maestros

de Matemáticas, que había entonces en el Seminario de Nobles. Los Superiores pusieron al punto los ojos en él; persuadidos vivamente de que si algo tenía que perfeccionarse en este estudio para desempeñar cumplidamente el cargo, lo conseguiría con su acostumbrada aplicación, y constancia, en quanto emprendía voluntario, ó por precepto. Volvió, pues, al Seminario desde la mitad del camino para Murcia, en donde le cogió la orden del Provincial, y dedicándose todo á habilitarse para el Magisterio, á que se le destinaba nuevamente, fué tal su conato, que en poco tiempo pudo enseñar las Matemáticas con el crédito, que fué notorio. De ello dió muestras convincentes en la instrucción privada de los discípulos, y en los actos públicos, que por dos veces presidió en aquella Real casa, impresos, y dedicados á SS. MM.; y con universal aplauso de los doctos que arguyéron, y asistieron á ellos con la primera Grandeza de la Corte.

No era todavía suficiente cebo para la grande laboriosidad de Terreros la ordinaria de este estudio y enseñanza. Dióse á pensar muy de propósito en qué trabajo literario de utilidad pública podría emplear su talento á ratos ociosos; y entre las muchas ideas que entonces tuvo, como escribe en carta de 7 de Febrero de 1748. á un amigo suyo, prefirió la traducción al castellano del *Espectáculo de la Naturaleza*, escrita en frances por M. Pluche.

Á la verdad podía persuadirse el Autor original, como dicen que se lo persuadió, que había compuesto una obra, no solo de suma gloria para sí, y su nación francesa, sino tambien de imposible, ó muy difícil traducción á otra lengua. Pero el ánimo de Terreros hecho á propósito para árduas empresas, la privó bien pronto de esta prerrogativa, y á M. Pluche de su mayor presunción en esta parte.

Quánto estudio, y trabajo le costase á nuestro erudito esta traducción, no es fácil decirlo. Considérese la multitud y variedad de artes, oficios, y materias que se tratan en esta obra, y se podrá conocer cuántos libros tuvo que leer, cuántas fábricas y Maestros que consultar, cuánto en fin que investigar por sí mismo, no habiendo en muchos casos quien de viva voz, ó por escrito le sacase de sus continuas dudas. El mismo confesó con suma ingenuidad que al llegar á ciertos puntos se había visto arredrado por no saber adonde volverse para encontrar la correspondencia de las voces francesas en nuestra lengua.

Yo creo firmemente que el que lea con conocimiento esta traducción la pondrá fuera de aquellas adocenadas del día, que ni arguyen ingenio, ni elocucion, como ni una cosa, ni otra se prueban en quien traslada ó copia un papel de otro papel. Hora se considere la calidad y género de la obra traducida, hora la propiedad con que se guardan las leyes de la buena traducción, ello es que este trabajo literario de Terreros es magistral, y modelo en su clase. Añádese á esto el gran realce y nuevo aprecio, que merece sobre la obra original, con las mil y quinientas notas eruditísimas, en que aclara, aumenta, y corrige los defectos, y aun tal vez los excesos de ésta.

Justamente se hizo Terreros acreedor al aplauso, que toda España le dió por esta traducción; y los elogios de que le llenáron diferentes sabios de la nación en cartas particulares, que pudieramos producir, ponen en claro el acierto, el trabajo, y la constancia que en ella tuvo. El Excelentísimo Señor Conde de Torrepalma entre otros muchos solia decirle: *P. Terreros en la Academia de la lengua le decoramos á V. R.* Los hombres grandes, que componian á la sazón este sabio cuerpo, quisieron hacerle la justicia de admitirlo por uno de sus individuos, honrando de un golpe á la Academia, y á nuestro traductor. Propúsosele este honroso convite en ocasión que ya se hallaba ocupado, y empeñado en la composición del Diccionario. Por no distraerse, y por la modestia, que fué grande en Terreros, rehusó siempre estos honores, contento con ilustrar la nación á costa de sus tareas literarias, y sin buscar títulos pomposos. Finalmente el aprecio que hizo el Público de este trabajo se evidencia incontrastablemente con haberse visto en la precision de hacer de él dos ediciones en pocos años. Yo mismo soy testigo de haber oído á Don Angel Corradi, en cuya librería se vendiéron ambas, usando del modo que tienen de hablar los de su profesion, que nunca fué obra muerta la traducción del *Espectáculo de la Naturaleza*.

Y aquí como en lugar propio me parece necesario poner fuera de toda equivocacion el punto de si es ó no trabajo peculiar de Terreros el tomo de la Paleografía, parte de esta obra. Compongamos esta lid, que sin culpa de dos grandes ingenios de este siglo, uno y otro tan beneméritos de la patria, ha ido tomando cuerpo contra lo que quisiera la tierna amistad que se profesáron mutuamente. La duda está en toda su fuerza al ver que los de Trevoux con algunos sabios de España hacen Autor de esta Paleografía.

leografía al Padre Marcos Andres Burriel, y el célebre Zacarías, Lami, y otros Efeméristas de Italia á nuestro Terreros. Digamos ingenuamente lo que pasó en el caso por relaciones ciertas de los que interiormente supieron el trato y amistad entre uno y otro de estos Jesuitas, y por lo que indican algunos hechos indubitables.

Quando nuestro traductor llegó al tomo VII del *Espectáculo* en que Pluche inserta la Paleografía Francesa en el *Diálogo veinte*, conoció que era inútil su traducción para los naturales de España, y pensó en sustituir una totalmente Española. Comunicó este juicioso pensamiento con tres diversos eruditos del Reyno, que lo aprobaron, juntamente con las diligencias que habia empezado á practicar, y le favorecieron con las noticias que les pedía para este mismo fin. Uno de estos eruditos era su Padre Burriel, que así le llama muchas veces en cartas y en papeles propios. Este con el inmenso caudal diplomático, que poseía, y con su natural franqueza le remitió desde Toledo, cuyos Archivos estaba reconociendo á la sazón, muchos y selectos monumentos. Terreros entresacó de ellos los que juzgó mas oportunos para su idea, y de estos y de los que habia recogido con su propia industria formó el tomito de la Paleografía Española, qual hoy la logramos.

A poco tiempo de haberse dado á luz con universal, y bien merecido aplauso, experimentó Terreros que los eruditos de Trevoux daban por Autor de ella á Andres Burriel, y supo que uno ú otro de los Literatos Españoles le daban por asentado en sus correspondencias y conversaciones. Aunque de genio moderado no dexó de resentirse algo el Padre Terreros, y procurando averiguar el origen de este error, halló que solo procedía de alguna carta de su Burriel ya difunto mal entendida, y en que daba noticia privadamente de lo acaecido en este caso: por lo demas Burriel protestó siempre con la verdad, y sencillez que le era propia, que nunca le pasó por el pensamiento darse por Autor de una obra en que no tenia mas parte que haber concurrido con sus noticias, pedidas por un Amigo, como se usa entre Literatos: y en efecto ni en la nota de sus trabajos y obras hechas y proyectadas, que por estos años comunicó al Padre Zacarías, ni en la carta que escribió al Padre Rabago, su protector, dándole cuenta de sus tareas literarias, y de las disposiciones en que se hallaba para perfeccionarlas, y en fin ni en las que dirigió de oficio á sus Prelados, de que algunas paran en esta Real Biblioteca, nada dice de la Paleografía, y mucho ménos se da por Autor de ella. Es pues constante que Burriel ayudó á Terreros en este trabajo suministrándole materiales; pero el órden, la forma, la colocacion de documentos, el relato, y la distribución que son las cosas que constituyen Autor de una obra, son indubitablemente de este último.

En el concepto de todo buen Patrio no será poco recomendable la traducción del *Espectáculo de la Naturaleza* por sola la circunstancia de haber dado motivo, y ocasion á que pensase su Autor en producir el *Diccionario Castellano* con las voces de Ciencias y Artes, y sus correspondientes en las lenguas Francesa, Latina ó Italiana. Al tiempo de la traducción hallóse Terreros con mas de quatro mil voces de esta clase que no se encontraban en nuestros Vocabularios impresos, y esto le hizo concebir la idea de reunir las, y aumentarlas con la extension posible. Al cabo de algunas diligencias fueron tantas las voces que iba notando nunca impresas; tantas las que hechaba ménos en unos Diccionarios; tantas las que traian otros poco conocidas; y tantos los errores y faltas en estas últimas por la variedad de Ortografía, que usaban sus Autores, que fixó sus miras en la formacion de un *Diccionario universal* de nuestra lengua, en el qual se viesse suplida la escasez de las voces impresas, se juntasen las que andaban dispersas, se determinasen las definiciones mas propias, y se corrigiese en fin la Ortografía por principios, y elementos constantes.

Esto es en suma lo que dice Terreros en el Prólogo de esta grande obra acerca del principio, y gradual sucesion con que fué preparándola; pero como es justo conocamos el particular estudio, y las menudas diligencias con que la llevó á perfeccion, me he propuesto hablar algo de uno y otro ya que su modestia se contentó con apuntar estas menudencias, dignas de saberse para exemplo y estímulo, y para crédito de su aplicacion y constancia en superar las dificultades que encontró á cada punto, capaces de hacer desistir de la empresa á otro que no fuese el Padre Terreros.

Las disquisiciones que hasta entonces habia hecho acerca de la esencia, significado, uso, y demas propiedades de las voces solo eran relativas á las materias, que trataba Pluche en su obra. Tuvo pues, que extenderlas á la universalidad de un *Diccionario* tal como el que ideó publicar. Por esto escribió á todas las partes del Reyno donde supo que florecia el estudio de alguna ciencia, ó la práctica de algun arte ó manufactura. Informábase primero de las personas mas inteligentes que vivian en aquellos parages, y que fuesen ap-

tos

tos para suministrarle las noticias que deseaba: y á ellos dirigia su súplica con nota de quanto queria saber en el asunto consultado, sin excusar gasto para que se le diese puntual descripción de instrumentos del arte, quando así lo requeria su escrupulosa curiosidad. En esta primera parte de su trabajo no fueron pocas las dificultades que hubo de vencer, y el modo con que exerció su paciencia para superarlas. Unas veces se negaban á servirle, otras le servian sin arreglo á la instruccion que enviaba; y no pocas tardó tiempo á encontrar de quien valerse; y en muchas no logró la comunicacion deseada, y las noticias pedidas.

Por lo que toca á fábricas, manufacturas, y oficinas de dentro de Madrid, donde residia, y de los lugares de su contorno, las visitó, y reconoció por sí mismo, viajando con este objeto muchas veces á Toledo, Talavera de la Reyna, Segovia, Guadalaxara, y otros pueblos cercanos. En estos reconocimientos personales, que empleaba aun las horas de paseo, y de recreacion, guardó siempre este método. Cortada en quadro una buena porcion de papelitos, que llevaba de continuo en el pecho, y un tintero de faltriquera, entraba en casa del artifice, y procurando ganarse ante todas cosas la voluntad de los Maestros y Oficiales con su chiste y gracia natural, iba preguntando uno por uno el nombre, y uso de los instrumentos que estaban á la vista, notándolo todo con separation, y aun tambien de los que por su uso mas raro se hallaban reservados y sin manejo á la sazón.

Estas menudas diligencias fueron de muchos años, y á veces repetidas para asegurarse mas en el acierto, y confrontar las noticias que le daban en una oficina con las que ya habia tomado en otra del mismo arte, ú oficio. En el discurso de ellas oyó muchas razones, experimentó enfados, sufrió el trato desatento de muchos, y á veces se temió algo mas. Como no sabian algunos el noble fin á que se encaminaban sus preguntas, y como en estas casas suele haber Oficiales, y aun Maestros de buen humor, y sin crianza, fué muchos ratos el divertimento y mofa de unos y otros, no contestándole, ó haciéndolo fuera de propósito. Quantas veces oyó que unos Oficiales avisaban á otros su arribo, clamando con risa: *he, ya viene el Padre curioso: he allí el Padre de las preguntas*. Estos y otros lances, que se omiren por ser mas ofensivos á su carácter, tuvo que sufrir, y pasar por ellos en los años que duró esta fatiga, y hubo sugeto muy confidente suyo, que mas de una vez compadeciéndose, le propuso no tomarse tanto empeño á costa de diligencias tan enfadosas; pero otras tantas le respondia con gracioso: Señor mio, salgamos con nuestro intento, que de lo demas, *olim meminisse juvabit*.

Llevando sobre sí tanto peso era preciso que nuestro laborioso Escritor arreglase sus horas de estudio con las del cumplimiento de sus obligaciones religiosas, que nunca dexó, y las del preciso descanso. Ocho horas, y á veces diez, segun las estaciones del año, estableció para este singular trabajo. Con este fin obtuvo licencia del General de la Compañia para levantarse antes que la Comunidad, y cumplir en este tiempo con los ejercicios espirituales del Instituto, de modo que media hora despues del toque de la campana á levantar decia Misa, y se hallaba desembarazado para empezar su estudio, en que empleaba seis horas ántes del medio dia en invierno, y siete en verano. Por la tarde despues de la recreacion comun, y un poco de reposo, que duraba hasta las dos, tomaba indispensablemente dos horas de descanso ó de paseo, ó hacia algunas visitas de atencion: el resto hasta la cena lo daba al estudio, despues de la qual se acostaba siempre. Con esta constante distribucion de horas pudo ajustar el número de las que habia empleado en la composicion del Diccionario, y pasaban de sesenta mil.

Nuestra idea en expresarla con menudencia ha sido meramente para dar á conocer mas el mérito de este trabajo, y para que sirva de exemplo á los que quieran imitarle en la carrera literaria, aprovechándose de dos principales máximas del Autor en este asunto: una la que acabamos de exponer tocante á la distribucion de horas para el estudio, y descanso, pues decia continuamente que se engañaban muchos perdiendo semanas y meses de poder trabajar, por haberse dado al estudio una hora mas de lo que debian. La otra máxima era el régimen y economía en el mantenimiento. El Padre Terreros comió únicamente á sus horas regulares, y siempre en cantidad moderada, y la que bastaba á conservar las fuerzas necesarias para su fatiga. Sin este método mal pudiera haber continuado por mas de veinte años unas tareas, y un estudio que admiraban á todos quantos los sabian.

Si no hablase por sí misma la obra del Diccionario, diríamos aquí los efectos que en ella se notan producidos únicamente de estos principios. El concepto que merecieron estos trabajos al Padre Terreros fueron iguales al empezarlos que al concluir-

cluirlos : y sin duda es una buena prueba de ello lo que sucedió al tiempo de quererlos imprimir.

Viendo su Autor despues de tantos años de continuas investigaciones la calidad y extension de la obra, y considerando que si iba por el camino regular de revision, llegaría tarde el término de publicarse siendo tan deseada de todos, se resolvió á dirigir memorial al Rey, por la via reservada de Estado, exponiendo los motivos de solicitar la gracia y licencia de poderla imprimir sin pasar por revisores. Como despues de algun tiempo viese que nada resultaba de esta súplica, pensó que se habria desestimado, ó que no era del Real agrado concedérsela por aquel conducto. Con esto volvió el ánimo á otra parte, é informando oportunamente de la pretension, y de sus causas al Juez de Imprentas, que á la sazón era el Señor Don Juan Curiel, este Magistrado que de antemano conocia bien el mérito de nuestro Literato, tomó en consideracion el asunto, y sus circunstancias, y dando cuenta al Consejo, vino éste en conceder lo que pedía con suma amplitud por decreto de 27 de Enero de 1765, y empezóse desde luego la edicion.

Aun no habia quatro meses de haberse presentado el memorial á S. M., que impensadamente vió entrar por la puerta de su aposento un criado del Excelentísimo Señor Don Josef Nicolás de Azara, Oficial entónces de la primera Secretaría del Despacho, y al presente Ministro Plenipotenciario de S. M. Católica en la Corte de Roma, citándolo á su casa, por estar indispuesto, y en cama. Presentóse puntualmente el P. Terreros, que oyó de su misma boca con grande complacencia estas palabras : *llamo á V. R. para hacerle saber como S. M. ha venido en concederle la gracia que le pidió para imprimir su Diccionario sin ser revisto de nadie, con lo demas que contenia su súplica. El Gefe me ha mandado extender el decreto; pero no ballándose exemplar de esta gracia en la Secretaría, quiero que me informe de lo que desea, para extenderlo larga y cumplidamente.* Agradeciolo el P. sumamente, y dando gracias con razones puestas en lugar debido á S. M., y al Señor Azara, que como antiguo amigo y favorecedor suyo, no habia poco coadyuvado á la consecucion, le refirió el paso ya dado con el Juez de Imprentas, y que estaba ya empezada la edicion en la Oficina de Don Joaquín Ibarra.

Quando el Soberano, y el supremo Tribunal de la nacion significaban de este modo el aprecio y confianza que hacian de nuestro Autor, no habia en Madrid, ni en la península persona de algun gusto por las letras, que no le animase á la impresion. Al su retiro acudian conocidos, y no conocidos para ayudarle á corregir las pruebas, y muchos á porfia tomaban sobre sí el encargo de reveer, de corejar, y de rectificar los artículos. Apenas se divulgó que se imprimia el Diccionario, quando de Inglaterra, Francia y Holanda escribiéron á sus correspondientes en Madrid para que lo comprasen sin perder tiempo : y el mismo P. Terreros vió testimonio de que la Academia de Lóndres esperaba recibir los dos primeros tomos para cumplir su decreto en que acordó hacerle miembro suyo. Vuelvo á citar como abonado testigo de todos estos felices acontecimientos al Excelentísimo Señor Conde de Torrepalma, que fué uno de los sujetos de confianza, á quien se iban entregando los pliegos así como se iban tirando. Cada vez admiraba mas el trabajo de esta obra, diciéndole á su Autor en diversas ocasiones, y á presencia de otros eruditos, igualmente admiradores de ella : *P. Terreros, los que vivimos ahora creemos, porque lo estamos viendo, que el Diccionario es fruto de su laboriosidad, y constancia; pero los venideros dificilmente podrán persuadirse, sino que es trabajo de una Academia entera.*

Esta impresion llegaba ya como á la mitad del tomo segundo, quando sucedió la catastrofe de ser expulsos los Jesuitas de estos Reynos. Comprehendióse en ella al Autor; y todo suspenso desde entónces, hubiera la república de las letras privádose del beneficio comun de esta obra tan apetecida, si los Bibliotecarios de estos Estudios Reales al mismo tiempo de establecer en 1786. la Real Biblioteca pública de los mismos, no se hubiesen empeñado en sacar esta parte impresa de los sotanos donde acababa de perderse despues de diez y nueve años, y la benignidad del Monarca en auxiliar sus ideas para concluir la edicion de los tres tomos principales, como lo lograron á principios de 1788.; dedicándolos al mismo personage, que tanta parte tuvo en esta empresa. El quarto y último, es trabajo ya privativo, y peculiar del segundo de aquellos Bibliotecarios, que habiendo fallecido su compañero por el Septiembre de aquel año de 88., no ha querido dexar incompleta la obra á pesar de la imposibilidad que presentaba su formacion quando imprimieron juntos lo demas de ella, y de los crecidos gastos que ha sido forzoso sufrir por el gran volúmen de este tomo.

Pocos Jesuitas Españoles tuvieron que perder mas que el P. Terreros en aquel memo-

morale acontecimiento. Su peculio religioso; el alto punto de estimacion á que habia llegado; sus libros que no eran pocos, y comunes; sus escritos, y trabajos; las inmensas fatigas, desvelos, y sudores de mas de 24 años; todo vió que se le arrebatava de un golpe, y en un momento. Era necesaria mucha conformidad, y mucha grandeza de animo para no mostrar sentimiento á golpe tan fatal é inesperado. Ya fué otro desde entonces el teatro de prueba que se le presentaba, y ya otras las dores de su ánimo, que era preciso mostrar, y que no se descubrieron antes en este sabio, porque no se le habian ofrecido ocasiones de acreditarlas. En todo el viage de Madrid á Cartagena no se le oyó ni un lamento siquiera sobre lo mucho que acababa de perder. Su miseria fué tal, que en aquella Ciudad le hubo de dar dos camisas para mudarse un amigo suyo. Sin embargo olvidado de ella, era siempre su primera atencion en medio de los trabajos los libros y la lectura. Con 400. reales que por casualidad tenia consigo en la noche de la expulsión; compró allí unos libros, papel, y tintero. No faltó quien le hiciese cargo de que pudiera con este dinero atender á otras necesidades mas urgentes; pero su respuesta fué: *si estos pocos libros, y el modo de ocuparme en ellos no me alivian; no sé qué otra cosa pueda aliviarme en este mundo.*

Nunca se dexó admirar tanto su total enagenamiento por la leccion continua de los libros, como en el penoso viage de cinco meses por mar, desde Cartagena al puerto de Ayacio en la Isla de Córcega. La cámara de popa de la Garzota, ó Chambequin Santa Teresa, en que iba alojado Terreros con once Jesuitas mas, tenia tres varas de largo, y cinco de ancho. En este corto recinto estaba la alacena con provisiones; el jardin, que llaman en la Marina, no sé con qué alusion; y las doce camillas, con los envoltorios de estas doce personas. A pesar de tanta estrechez y confusion, siempre se le vió sentado sobre su colchoncillo, y haciendo mesa de sus mismas rodillas, el libro sobre ellas, el tintero al lado, y con papel de prevencion, apuntar en él, y extraer de lo que iba leyendo. Hubo contratiempos y sustos en tan larga navegacion, y quando los demas salian á ver las precisas maniobras, y vagaban despavoridos en los apuros de vientos contrarios, y mar alterado, él se estaba en su cámara de popa, como si estuviese en su retiro y aposento.

Estando anclado el convoy en el puerto viejo de Génova cerca de las seis de la mañana del día 1 de Septiembre de 1767 se levantó un temporal de viento, relámpagos, truenos y rayos. Duró hasta las tres de la tarde, arreciando tanto cerca del medio día, que personas de mas de 70 años afirmaron en la Ciudad que no habian visto cosa igual. Cayéron en ella nueve rayos, muchos en el agua, y uno de estos dió en la Garzota, de la qual se llevó el mastelero de velacho, abrió el árbol de trinquete de alto á baxo, mató á un soldado, y sofocó á dos marineros, que se creyeron por algun tiempo muertos. Antes de esto ácia las once y media el uracan se enfureció por seis minutos, de suerte que tuvo á la Garzota medio volcada, con todo de ser su peso de treinta mil quintales, y en peligro de irse á fondo.

Bien se dexa discurrir qual seria la confusion de todos los que estaban á su bordo. Sin embargo en todo el tiempo de ella nuestro Terreros no se movió de su acostumbrado sitio, ni dexó la lectura, y despues de pasada la tempestad, oia contar sus circunstancias como quien nada habia visto ni oido. ¡Admirable embeleso en su amada laboriosidad! Un compañero suyo depone que entró en la cámara de popa á esta sazón, y que hallándole con la Historia de Don Quixote en la mano, divertido, y riendo de lo que leía, exclamó con aquella sabida alusion: *¡Roma arde, y Neron rie?*

Efectuado, finalmente, el desembarco en Ayacio, gastó todo el año que allí permanecieron estos viajeros en registrar las pocas, y medianas librerías de casas particulares: y volviéndose á embarcar para el continente de Italia, despues de varias fortunas y trabajos, llegó á los Estados Pontificios, y destinado á la Ciudad de Forlí en la Romanía, y legacion de Ravena, pasó en ella el resto de su vida, entregado todo á el estudio que siempre habia sido su pasión. Luego que se vió establecido aunque con la incómodidad de estar tres personas alojadas en un quarto, pensó en emplear su talento en cosa que fuese de comun utilidad. Con esta mira ideó componer unas reglas ó Arte de la lengua Italiana, para que sus compañeros nacionales la aprendiesen metódica y científicamente. Tomó por modelo al Corticelli, y con lo mejor que halló en el Cinonio, y otros Autores salió con su intento muy brevemente.

Al tener preparada para la prensa esta obrita, tuvo que vencer dos dificultades; una la falta de medios para imprimirla, y otra la de no haber impresor en aquel país capaz de hacerlo, porque en Forlí solo se hallaban dos imprentas, honradas con este nombre, porque en ellas habia algunos caracteres para imprimir un Soneto ó Devocionario,

rio, y á esto y no mas se extendia la habilidad de sus dueños. La primera dificultad prontamente se superó, hallando en un sugeto de la Provincia del Paraguay todo el auxilio necesario para costear la edicion. El vencimiento de la segunda fué toda obra de Terreros, y la mayor prueba de su constancia, y amor al trabajo. Hizo comprar y traer de Venecia un abecedario de caracteres con las ñi, de que carecen los Italianos; tomó sobre sí la penalidad de enseñar á leer el manuscrito al impresor, y mientras se imprimia continuamente se hallaba á su lado, instruyéndole, y poco ménos que componiéndolo como qualquiera caxista.

Con esta diaria tarea, y con la indecible que fué preciso emplear en la correccion, logró finalmente ver impreso todo su tratado, cuya portada es la siguiente: *Reglas acerca de la lengua Toscana, ó Italiana, reducidas á método, y distribuidas en quatro libros, incluido en ellos un Diccionario familiar, algunos Diálogos, flores poéticas, y cartas misivas: con el fin de facilitar á los Españoles el conocimiento y uso de este idioma. Obra dedicada al Señor Marques Fabricio Paulucci: por Don Estevan Rosterre, Presbítero. En Forli, en la imprenta de Achiles Morozzi. Un tomo en 8.º de 424. páginas sin el prólogo, dedicatoria, y portada.*

Como poseo un exemplar de esta obra, puedo decir, que pocas castellanas se habrán impreso en Italia con tanta correccion. El Autor quiso por modestia disfrazar su apellido en anagramma puro. Las que llama flores poéticas son el soneto ochenta y seis del Petrarca sobre la conversion á Dios; dos de Juan Baptista Zappi, y quatro estancias de Angelo Policiano, traducido todo á nuestra lengua en el mismo metro. Las cartas misivas se reducen á tres únicamente del célebre Francisco Redi. El que quisiese saber el buen gusto con que compuso Terreros esta gramática, lea el elogio que de ella se hace en las Efemerides de Florencia á los principios del año 1772., haciéndome esto creer que la publicó en el año anterior, porque la edicion no lo expresa. Allí verá tambien que continuaba en Italia con los mismos créditos de Literato que tuvo, y tiene en España.

No por haber concluido este trabajo, dexó de ocuparse Terreros en otros. Consta que entre varias obras que se dedicó á formar, tradujo al Castellano el III y IV tomo de las célebres lecciones sagradas del Granelli. Estimado; y querido de todos los eruditos, tanto extraños como propios por sus buenas prendas, por su docilidad en servir á quantos se valian de él, y en corregir sus producciones, y por sus continuos estudios, no cesó de leer y de escribir hasta que en el año de 1774. empezó á ser aquejado de varios males que poco á poco le fueron acabando la vida.

En este último periodo mostró en el padecer aquella misma constancia y generosidad de ánimo que habia mostrado en la carrera literaria. Fué acometido de melancolías bien enfadosas; sufrió curas, y operaciones de Cirugía dolorosísimas, y entre ellas la de abrirle un tumor en un muslo con sajadura de ocho dedos en la superficie; y cinco de profundidad. Nunca se le vió desapacible; nunca se le oyó un lamento, y en lo mas fuerte de sus dolores la respuesta á los que le preguntaban como lo pasaba, era: *bastantemente*, y su mayor ponderacion fué quando respondia: *medianamente; se va padeciendo*. Todos admiraron su paciencia y sufrimiento, y hubo quien oportunamente le comparó muchas veces al sabio y famoso Posidonio, de quien refiere Ciceron que era admirado en sus males, y que el gran Pompeyo, quando fué á Grecia, quiso visitarle, movido no ménos por la fama de su sabiduria, que por la de su constante paciencia en los dolores.

Se declaró finalmente mortal su última enfermedad en el día de Navidad de mil setecientos ochenta y uno, y recibiendo en su entero acuerdo, y con tierna devocion todos los Sacramentos, murió en tres de Enero de mil setecientos ochenta y dos cerca de las ocho de la noche, de edad de setenta y quatro años, seis meses y un día. Está enterrado su cuerpo en la Iglesia Catedral de Forli en la nave al lado de la Epístola frente al Altar de San Andres Avelino.

Las Gazetas de Florencia publicaron la muerte de este Literato: la una que se titula *Noticias del Mundo* en el mes de Febrero de aquel año; y la otra conocida con el título de *Gazeta Universal* en el inmediato de Marzo. No siendo fácil que tengan todos á la mano estos periódicos, copiarémos el elogio que hace este último, traducido literalmente.

Forli 4. de Marzo.

»Murió los días pasados en esta Ciudad el noble Señor Abate Estevan de Terreros
»y Pando, Ex-Jesuíta, y célebre Literato Español, natural de Vizcaya. Ha sido admiri-
Tom. IV. ** »ra-

»rable su constancia en el estudio, no habiendo cesado de estudiar hasta la edad de
 »setenta y cinco años, en que ha muerto. Son muchos sus escritos, que le hubieran
 »hecho célebre en toda la Europa, si él no hubiera sido tan modesto en ocultar sus
 »doctas fatigas. Sin embargo han salido á la luz pública algunas obras suyas; y fué ad-
 »mirada en España la traducción que hizo al castellano del Espectáculo de la Nature-
 »za, ilustrado con mas de mil y quinientas notas llenas de erudicion. En Italia han si-
 »do muy recomendadas sus reglas para que los Españoles aprendan á fondo la lengua
 »Toscana. Pero la principal que le concilió el crédito de gran Literato es su Dicciona-
 »rio Quadrilingue de Ciencias y Artes, cuyo primer tomo dexó ya en Madrid impre-
 »so, y los otros tres manuscritos. Quantos han visto, y tenido noticia de esta obra,
 »han quedado maravillados de que un hombre solo pudiese producir una cosa tan vas-
 »ta y fatigosa, y digna de una Academia, y que solo podria ser parto de un conti-
 »nuo é inexplicable estudio.»

Se dice que el Padre Terreros dexó al tiempo de la expulsion en Madrid traducida
 la *Historia del Cielo*, que es una continuacion á la obra del Espectáculo de la Nature-
 raleza de Mr. Pluche; y que ya tenia abiertas las láminas, y dispuesta su impresion con
 las licencias necesarias. Todo pudo ser, y cave en la laboriosidad de genio tan incansable;
 pero á pesar de las muchas diligencias que hemos practicado para salir de la duda, ni
 siquiera se ha podido averiguar un solo vestigio de este supuesto.



1763

Libro de la Academia

A. A.